

ANAQUEL

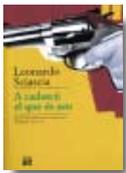
Elizabeth Gaskell
La prima Phillis
Alba, Barcelona, 2009

Elizabeth Gaskell (Londres, 1810-Hampshire, 1865) retrató la intimidad doméstica en *La prima Phillis*, una de sus últimas novelas, donde describe una vida en la que la espiritualidad se halla en comunión con la naturaleza. Una novela moderna por su punto de vista y su final abierto.



Leonardo Sciascia
A cadascú el que és seu
Edicions 62, Barcelona, 2009

Sciascia retrata Sicilia amb les imbricacions polítiques de la màfia: una carta anònima amenaça de mort el farmacèutic Manno, que no en fa cas: l'amenaça s'acompleix durant una cacera. Un jove professor d'institut intenta desvelar l'assassini enmig del silenci i la complicitat de la màfia, l'església i uns policies corruptes.



Nelly Sachs
Viaje a la transparencia
Trotta, Madrid, 2009

La obra poética completa de Nelly Sachs con prólogo y traducción de José Luis Reina Palazón. La lírica de Nelly Sachs proviene del desafío de expresar el horror de los campos de exterminio. Un lenguaje que tiene sus raíces en los libros de los Profetas, en los Salmos, la Torá y las leyendas del jasidismo.



Horaci
Sàtires
Adesiara, Martorell, 2008

Amb les seues *Sàtires*, Horaci ens regalà un veritable manual de vida pràctica: les delícies de l'amistat, el poder dels diners, els perills de la golafreria, els inconvenients del sexe amb les dones casades, etc... Aquest volum és la primera traducció catalana sense eufemismes ni prevencions moralitzadores.



El relato del viaje a China que C. Isherwood y W. H. Auden realizaron en 1938

Una guerra para nosotros solos

Andrés Pau
Estamos en enero de 1938, en la estación Victoria de Londres. Dos treintañeros, muy abrigados, se dejan fotografiar ante el tren que les llevará a Dover; de allí embarcarán al continente, un par de noches en París y alcanzarán Marsella, desde cuyo puerto embarcarán rumbo a China. Los dos amigos son ya dos escritores reputados, cada uno en su género, si bien han escrito al alimón tres obras teatrales musicadas por el *enfant terrible* Benjamin Britten. Son, claro, el poeta W. H. Auden y el novelista Christopher Isherwood.

«A comienzos de julio, los japoneses avanzaron hacia el sur desde Pekín y un mes más tarde atacaron Shanghai. China se convirtió así en uno de los campos de batalla decisivos para el mundo. Y, a diferencia de España, no estaba ya repleta de observadores literarios de primera magnitud. (¿Quién podría competir con Hemingway y Malraux?) "Tendremos una guerra para nosotros solos", comentó Wynstan». Con estas palabras describe Christopher Isherwood el proyecto del viaje a China en su entrañable libro de recuerdos *Christopher y su gente*.

Y de ese viaje surgió este maravilloso libro, inexplicablemente inédito en español hasta que Ediciones del Viento ha sacado a la luz esta cuidada y magnífica edición. *Viaje a una guerra* tiene tres partes perfectamente diferencia-

das: por un lado, el grueso del volumen está formado por el «Diario de viaje», escrito por Christopher Isherwood; en segundo lugar, los poemas compuestos por Auden titulados «En tiempos de guerra. Secuencia de sonetos más un comentario en verso»; y, por fin, sesenta y tres fotografías realizadas por el mismo Auden, que ya en la estación Victoria de Londres aparecía con su cámara en bandolera, sobre el grueso abrigo de lana.

Los diarios de Isherwood son la esencia de la *mirada* de su autor, entonces aún británico: limpieza, exactitud, benevolencia. Es, en efecto, una prosa que nos atrapa por su rigor; sin vehemencias aun cuando éstas pudiesen estar justificadas, con el talante curioso que pudiese tener un niño, sin ideas preconcebidas, sin excederse en una palabra en aquello que quiere retratar. Por el libro pasan toda clase de tipos: misioneros, militares, médicos, *coolies*, rusos blancos metidos a taberneros tras la revolución soviética, campesinos... Todos ellos tienen interés para la mirada de Isherwood; pero, ojo, que nadie espere sentimentalismo, ni arengas, ni tampoco soflamas encendidas acerca de quién es bueno o no lo es en esa guerra.

Isherwood, para entendernos, escribe como Isherwood; es que no hay otra manera de decirlo. Somerset Maugham destacó de él su «irresistible legibilidad», y así es. Uno se deja llevar, mecer diríamos por sus palabras, sus frases cadenciosas, nunca demasiado largas, sus imágenes, sus pocos pero precisamente por ello más ciertos arrebatos líricos..., y al cabo, uno se siente instalado en ese pedazo de tierra, habitantes incluidos, que Isherwood ha retratado. El Isherwood de *Desde lo más profundo* o del citado *Christopher y su gente* ya aparece aquí: sin la melancolía camp de los libros anteriores pero sí en todo lo demás. Veamos un soberbio ejemplo; los dos viajeros y su guía, Chiang, viajan en tren; Isherwood mira por la ventanilla: «¡Qué país tan anónimo! Por todas



C. Isherwood
W. H. Auden
Viaje a una guerra

Trad. de E. Iriarte y R. Vázquez Ramil
Ed. del Viento. La Coruña, 2008

partes hay hombres y mujeres trabajadoras, ataviados con ropas de brillante e intenso color azul; por todas partes se ven tímidos funerarios que usurpan valiosas parcelas de tierra arable (la lucha de clases entre los vivos y los muertos). Los toros desnudos, de color limón, que se doblan realizando tareas inacabables, carecen de individualidad; parecen tan cerrados y reticentes como las plantas. Los niños son todos iguales: boquiabiertos, mocosos, con sus chaquetas acolchadas, como muñecos rellenos fabricados en serie. Ese día, por primera vez, vimos mujeres que se balanceaban, equilibrándose precariamente como si caminasen en zancos, sobre sus minúsculos pies vendados».

Los dos escritores, bien arropados con salvoconductos, se mueven de ciudad en ciudad, visitan misiones, hospitales, se encuentran con Shang Kai-Shek —el generalísimo— y su inquietante esposa, llegan al frente montados en *ponys* tras una larga travesía en *rickshaws* tirados por caolies... De todo ello da cumplida cuenta la pluma de Isherwood, siempre con su cama plegable a cargo del intrépido Chiang, el guía que les acompaña

durante todo el trayecto. China no era un Estado convencional, más bien se trataba de algunas grandes ciudades moderadamente independientes y enormes, ingentes extensiones montañosas o de cultivo respunteadas por aldeas y atravesadas por ruinosas vías de ferrocarril.

W. H. Auden, que en los diarios de Isherwood siempre aparece en un discreto segundo plano para pronunciar algunas frases sentenciosas y en ocasiones extravagantes, es el autor de las fotografías y los poemas. Como es de ley, los veintisiete sonetos del final y los seis del principio, titulados «De Londres a Hong Kong», aportan trascendencia al libro. Auden ya era un poeta muy valorado en el momento del viaje; su poesía, desde el compromiso cívico más general hasta una preocupación por los problemas más espirituales e íntimos del individuo, pasaba por el furor izquierdista de los años treinta. En efecto, la treintena de sonetos que aparecen en *Viaje a una guerra* suelen expresar un deslizamiento de lo particular —un niño, un paisaje, un cadáver— a consideraciones más abstractas. El «Comentario» con que se cierra el libro es una magnífica muestra de aquello que dio en llamarse tono conversacional en poesía, y que tanta influencia ejerció en los poetas españoles del grupo de Jaime Gil de Biedma y Gabriel Ferrater: «En un cuartel intacto e internacional, / proyectando nuestra europea sombra sobre Shanghai, / caminando ileso entre las riveras, al parecer inermes / bajo los monumentos de una codiciosa sociedad, / con amigos y libros, dinero y del viajar la libertad, / hemos de reconocer que nuestro refugio es farsa».

Y las fotografías, pequeños poemas trágico algunas, recuerdos personales otras, completan este exquisito volumen. Se requiere, eso sí, una lectura reposada; para entendernos, como si un día decidiéramos comer bien, con tiempo incluso para una larga y sensual sobremesa.

En los diarios de Isherwood, Auden aparece en un segundo plano con sus frases sentenciosas o extravagantes

Lionel Tran
Sida mental
Traducción de Laura Salas Rodríguez
Periférica, Cáceres, 2008

Rafa Martínez
Un cuaderno trufado de fechas y anotaciones. Un niño, después adolescente aún en pleno relato, que vive de manera angustiosa. En plena periferia. Un paisaje, y un panorama, desolado. El que describe, página a página, su protagonista: «1974. Inmensas chimeas estrechas y negras. Un cielo gris y rojo. Llamas de color amarillo claro agitadas por el viento. El complejo petroquímico: una amalgama de edificios metálicos rectangulares. Maraña de neones, de canalizaciones, de escaleras metálicas. Desde la ventana de mi cuarto: el supermercado SUMA, el parking vacío, embalajes de plástico, palés abandonados, bolsas con el logotipo SUMA, la acera destrozada, la

La prosa dura de Lionel Tran

«La rage de vivre»

hierba seca y quebradiza de las viviendas de protección oficial».

Una madre, sesentayochista (*soixantehuitard*), que, sin embargo, «no es una madre. Es una mujer. No una hembra dependiente. Mamá es fuerte, autónoma, independiente». Una madre a la que «ya no puedo llamarla mamá» porque «yo no soy el rey. Ella no es mi esclava». Conclusión: «Un niño hombréico no debe pedir nada a una mujer individualuocompleto» (sic).

El estilo directo, telegráfico, del narrador, ahonda en la dureza de cada palabra que compone, de esta manera, un fresco de ilusiones perdidas; es la *rage de vivre* del que sabe que no hay futuro. No, al menos, para él. La prosa de Lionel Tran (Vaux-en-Velin, 1971; escritor y director del taller de edición

Terrenoire), no lo vamos a negar, es sumamente dura. Golpea fuerte en su aparente simplicidad. «1980. El centro comercial, inmenso y llano. Sobre la estructura rectangular de acero del centro comercial, las palabras "Auchan" e "Ikea" en letras luminosas rojas, blancas, verdes y amarillas. A la derecha, el campo de fútbol lleno de barro. En el horizonte, las viviendas de protección oficial de las Áreas de Urbanización Prioritaria».

Una generación perdida, con apenas referentes culturales, perdidos si acaso en la sociedad del espectáculo. De vuelta de todo y de nada. «1986. Me he pasado toda la noche fabricando esto: empapando pelotas de algodón en látex teñido de rojo, pegando estopa para hacer el pelo, pegando bolas de plástico para

hacer los ojos. He ensartado la cabeza con una pica de bambú. Al final he pintado la pancarta. Grandes letras negras visibles desde lejos: "Ministro Devaquet, contra la pared". Al día siguiente, un editoralista escribe sobre la generación a la que pertenezco: "Es una juventud que padece sida mental. Ha perdido su inmunidad natural. Todos los virus degenerativos la afectan».

Un texto, en fin, de corte autobiográfico, realista, que conecta con la evolución (o tal vez mejor sería llamarla «involución») social del país vecino en estas últimas décadas: fuerte desarraigo de las clases menos pudientes, revueltas callejeras, asfíxia. Y una interminable espiral de violencia. Que pone en duda, entre otras muchas cosas, las químicas jornadas del Mayo francés (también Michel Houellebecq puso el dedo en la llaga; y de qué manera).

De una manera u otra, desasegante. Da que pensar.